

Los que se van

Morir es un acto de servicio. Y se muere, cuando la Causa lo exige, con la simple despreocupación de quien emprende un viaje imprevisto, y le han dado todos los documentos legalizados y el pasaporte definitivo en regla. Tranquilo el corazón y en paz la conciencia: aseguradas, pues, las comunicaciones.

Allá arriba, donde los precursores forman la guardia eterna, les recibe el Señor. Primer Mártir heroico de una Fe que fertilizó su sangre de Hombre joven. Primer voluntario a la muerte que salva y nutre Primer exponente maravilloso del arte de renunciar.

No es la vida lo que importa dejar. Lo que importa... son los que quedan. La mujer, los chiquillos, el hambre en acecho... Marchar es lo de menos: lo difícil es el adiós.

Pero «ellos» no lo pensaron. Se ejercitaban ya desde hacía varios años, y en aquel julio del 36 llegaron en avalanchas ante el trono del Señor, con sus flechas sangrantes y su corazón simbólica y materialmente abierto.

Los que quedan

Aquí abajo se quedaron los suyos. Les lloraron sin desesperación, porque eran seres que se enorgullecían de su orfandad, de su miseria, de su desamparo: las madres, mediante cuyo esfuerzo heroico aquellos cuerpecillos febles, tiritando bajo unas ropitas recién teñidas en luto, llegarán a ser torsos fuertes; las hermanas ingenuas, que se quedaron como aliento y sostén de unos viejos que contaban con la sana juventud y la pujante vitalidad del hijo; las viudas de alguna edad, magníficas amas de casa, pero ¡tan al margen, Señor, por su placidez anterior del cotidiano esfuerzo que supone ganar el pan y el duro necesarios!...

Casi invariablemente, estas mujeres tenían en su cédula los puntos suspensivos que van tras la palabra «Profesión» llenos con dos iniciales: S. L. Y por *sus labores* brillaba la cera del piso, olía a gloria el puchero modesto, e iban los chiquillos «vestidos como príncipes». El hombre, alegre o vencido, traía siempre al hogar la solución material de los problemas que todo aquello planteaba. El esfuerzo, vocablo masculino, era siempre viril.

Por eso, tras la angustia infinita de la separación, el desgarrón de la muerte se agudizaba con el pavoroso fantasma del mañana... Los primeros tiempos, algo quedaba en cada casa que se podía malbaratar. Luego...

La tragedia española acrecentó, pluralizando con masas las víctimas, la espantable realidad.

Botones de muestra

Antonia, la mujer del capataz de periódicos, de los primeros que vocearon *FE*, con cinco hijitos, el día y la noche... y el sambenito de ser la viuda de un fascista, eliminado, «por limpieza», en los primeros días.

Doña Luisa, la señoruca que vivía en aquel balcón de las flores, que se casó ya vieja con un vecino viudo, y uniendo sus mezquindades sintieron menos largas las tardes del invierno. Les había sido esquiva la fortuna en la edad en que las gentes son felices, y sólo cuando todo era gris en su existencia vieron reverdecer al compás de sus tiestos su corazón. Sueldecito modesto de casa comercial...

Y Leoncia, la modista, medio tísica porque el taller le sentaba muy mal y cuando quería ayudar al hermano en los gastos caseros, empeoraba y gastaba en medicinas más de lo que ganaba.

Y Rosita—veintiocho años de sol y cuatro críos—, que se casó con el primer novio—novio con amor primero de quince años—y vivían con pocos duros, pero con tanta ilusión que su felicidad se contagiaba...

Y también doña Lola, la del tercero, aquella viejecita tan consumida que tenía un hijo o un nieto... Nadie sabía exactamente qué contacto podía tener el mocetón vigoroso con aquella rama escuálida.

...Todas se quedaron solas. Y peor... Cada una de ellas era un hogar...

Y también en la zona feliz...

Valladolid, Zaragoza, Cáceres, Andalucía... Se llaman Teruca, Marichu, Rocío o Arminda. Diminutivos o dejos regionalistas las diferenciaban..., pero todas tenían un marido, un padre o un hermano español: de los que se han ido a contarle al Señor de viva voz estas cosas tan terribles, tan heroicas y tan bellas que están pasando en España.

Reciente el duelo, las gentes ayudan, ofrecen... Luego, los días pasan, y la persistencia de la necesidad va abriendo brechas en el egoísmo. Que aunque bien quieren todas trabajar, el deseo es otra cosa que la capacitación profesional. Aunque el hambre, el frío y los zapatos que rompe el chiquillo entiendan poco de estas sutilezas.

